

MINARINI, ALESSANDRA.—«*Lucidus ordo*». *L'architettura della lirica oraziana (libri I-II)*. Edizioni e Saggi Universitari di Filologia Classica, 42. Bologna, Patron, 1989, 263 pp.

El libro de A. Minarini no es un estudio original sobre la disposición de los poemas horacianos en los tres primeros libros de sus odas, publicados en el año 23 a. C. como un conjunto poético. Se trata de un estudio de bibliografía crítica sobre la organización de las odas dentro de ese conjunto de tres libros. Ahí reside el mérito de la A., pues no es poco poner a disposición de los críticos literarios todos los estudios importantes, libros y artículos, sobre la estructura externa de la oda horaciana desde 1866 hasta 1987. Además, en *excursus* de la A. y notas a pie de página, se va orientando al lector con atinadas observaciones e interesantes puntualizaciones. Y, como colofón, unas conclusiones (pp. 199-221), claras y valiosas, sobre todos los estudios tratados y una completísima bibliografía (pp. 225-234; puede que no haya podido leer a Ch. Witke, «Recent Structural Studies on Horace», *The Augustan Age* 9, 1989, pp. 49-58).

Lo que ya no veo tan claro es el fondo de la cuestión, es decir, si el *im-idus ordo* horaciano se refería a la disposición de una oda por referencia a otra o si lo que buscaba de verdad Horacio era una *dispositio* brillante dentro de la oda. Al final, a nada conduce buscar los tres pies arquitectónicos al gato de la oda horaciana, que puede tener muchos. Pienso, con R. Mayer (*CR* 52, 1992, p. 45), que buscar la exacta correspondencia de unas odas con otras hasta detalles inverosímiles no pasa de ser una ingenuidad estéril.

¿Significa esto que Horacio no pudo organizar de algún modo su obra? Claro que no. Horacio pudo haber seguido el ejemplo de Calimaco, quien, at parecer, fue el primero que preparó la edición de una obra propia, los *Yambos*, de temas y metros diferentes, pero organizados artísticamente hasta formar un complejo unitario. Ya en Roma el ejemplo más claro habría sido el *Catufu Veronensis Liber*, distribuido, según todos los indicios, en tres *libefo: nugae, carmina docta y epigrammata*.

Ahora bien, ¿cuáles eran los principios estéticos en los que se basaban los poetas para ordenar un libro de poemas? W. Kroll (*Studien zum Verständnis der römischen Literatur*, Nueva York-Londres 1978 [Stuttgart 1924], p. 226) los resumió en una palabra: *uarietas*. Variedad que puede ser métrica y temática. Horacio, dentro de ese principio helenístico de la *notfaAfa*, no siguió un solo método de ordenación de las odas, sino que tuvo en cuenta diversos factores, como la métrica, los temas, el destinatario, la estructura interna, el contraste y otras posibles variables que pueden surgir en una colección lírica, como la composición genérica o la técnica anular. Desde luego, parece que el ordenamiento de sus odas no responde al mecanismo externo de un editor que ordena los poemas mecánicamente atendiendo simplemente al metro.

Los estudios sobre la colocación de las odas en relación con las demás y con el conjunto de los libros han sido muy numerosos en el presente siglo, especialmente a partir del artículo de Port (W. Port, «Die Anordnung in Gedichtbüchern augusteischer Zeit», *Philologus* 81, 1926, pp. 279-308; cf. W. Ludwig, «Zu Horaz. C. II 1-12», *Hermes* 85, 1957, pp. 336-345) sobre la estructura del libro de poesía en la época de Augusto. De todos ellos han emergido diferentes posturas sobre la viabilidad o no de encontrar un modelo estructura! que explique la situación de todas y cada una de las odas. De un lado, están quienes hacen todo tipo de combinaciones para llegar a una «estructura perfecta» en las relaciones de todas las odas de Horacio, como H. Dettmer [*Horace: a Study in Structure*, Hildesheim 1983] o para alcanzar una «estructura perfecta» dentro de una oda, como A. Ghiselli («Lettura dell'ode di Orazio», *Lingua e stile* 7, 1972, pp. 103-146, y *Orazio. Ode 1,1*, Bologna 1983; léase la dura respuesta de A. La Penna, «A proposito della struttura della prima ode di Orazio e di strutture letterarie in generale». *Mata* 25, 1973, pp. 326-330). De otro lado, algunos filólogos, como R. Nisbet y M. Hubbard (*A Commentary on Horace: Odes, Book I*, Oxford 1970, p. XXIV) o G. Williams (*Horace*, Oxford 1973, p. 35) han reaccionado con virulencia ante este intento de reducir a esquemas y números la arquitectura de las odas y advierten contra la ingenuidad y la fantasía de quienes se dedican a buscar complicaciones y sutilezas en las relaciones de unas odas con otras y de ellas dentro de sí mismas. Y, en tercer lugar, hay quienes han optado por un camino intermedio

aceptando lo que es más o menos evidente y rechazando la imaginación de quienes ven más de lo que los textos mismos nos dicen. Es el caso de F. Cupaiuolo en su monografía sobre la estructura de la oda horaciana (*Lettura di Orazio Urico. Struttura dell'ode oraziana*, **Nápoles** 1982₂), donde mantiene que Horacio no sigue un solo esquema o una única estructura, sino que combina los diversos factores, ya mencionados más arriba.

Con todo, ahí queda el servicio filológico, desagradable pero muy útil, de la A., que cierra el trabajo con la sana costumbre de ayudar al lector con sendos índices de materias y de pasajes citados.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER